



Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final
La repetición en el juego: entre la mismidad y la creación

Autora: Virginia Tassi

Legajo: T-1024/3

Docente Responsable: Jaime Fernandez Miranda

2018

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias al equipo de Centro de salud "20 de junio", en particular a Tufi Mazzetti y a Gabriel Colusso, que acompañaron un trayecto de mi formación, fundamental para este trabajo.

Agradecer a todos los compañeros de La Casa del Pasaje. En especial a Josefina Cherri quien ha oficiado de sostén indispensable. También a cada uno de los jóvenes (y no tan jóvenes) que allí asisten, por permitirme jugar con ellos.

Un reconocimiento a Mariano Bello por enseñarme, por añadidura, lo más nodal del psicoanálisis.

Por supuesto, y en particular, agradecer a Jaime Fernandez Miranda, que ha hecho de cauce de mis intereses desordenados, haciendo posible la escritura.

Índice

Resumen.....	4
Palabras Clave.....	4
Introducción.....	5
Presentación del problema.....	6
La pista freudiana: juego y repetición.....	7
La repetición en Freud: más allá del principio del placer.....	7
La repetición y la espontaneidad.....	10
<i>Tyche</i> y <i>automaton</i>	12
Conclusiones.....	15
Referencias bibliográficas.....	17

Resumen

El tema de este escrito se recorta de dos experiencias en el campo del jugar. Se las contrasta de acuerdo a los rasgos de la repetición y la espontaneidad desde el punto de vista psicoanalítico. Para tal fin, se desarrolla detenidamente el concepto de repetición en las obras de Sigmund Freud, Ricardo Rodulfo y Jacques Lacan. Se llega a la formulación de que la repetición tiene como eje lo que nunca se inscribe y que en el afán de hacerlo apela a un acto creativo.

Palabras clave

Juego/jugar - Repetición - Espontaneidad - Creatividad

Introducción

El presente ensayo aborda un tema muy trabajado en psicoanálisis: el del juego y el jugar. No lo hace totalmente en abstracto: se basa en dos experiencias diferentes con 'jugares', ambas llevadas adelante bajo la premisa, tomada de Winnicott (1971), de que el juego es en sí mismo una terapia (p.15). No por ello estamos menos forzados a elaborarlo teóricamente en toda su complejidad. Especialmente en sus aspectos dificultosos, sus trabas, sus interrupciones, etc.

A estos fines, nos parece insoslayable seguir la pista freudiana: la referencia al juego como repetición (Freud, *Más allá del principio del placer*, 1976). Iremos viendo que mediante la repetición se irá modulando lo novedoso, en el mejor de los casos. Pero al mismo tiempo, no debemos olvidar, la repetición nos pone de cara a lo más demoníaco de la vida pulsional, donde lo repetitivo se puede volver insoportable. Nos ocupamos en detalle de esto a lo largo del desarrollo.

Para esta tarea nos servimos de la escritura ensayística. Ésta presenta la ventaja de ir acompañando al razonamiento en el proceso de extracción de la experiencia y la observación en bruto. Al mismo tiempo, su flexibilidad permite abrir preguntas, de manera tal que el margen de lo pensable se vaya ensanchando para quien escribe. Por último, aunque no menos importante, nos exime de la tarea imposible de tener que decir la última palabra.

Presentación del problema

Intentaremos desplegar una serie de interrogantes, cuyo origen situamos en las experiencias bien dispares en dos ámbitos institucionales, pero con un pivote teórico común: el juego y el jugar. La observación y la interacción en las escenas de juego en ambos casos dejan impresiones discordantes.

Por un lado, práctica en un centro de día, donde se agrupan jóvenes y adultos con una variedad de afecciones tanto orgánicas como “psicopatológicas” bajo el rótulo de discapacidad. Da la sensación de que pueden entregarse las horas enteras a lo que sea que fuese ‘lo suyo’: una caminata de una punta a la otra del salón, sonidos emitidos más o menos musicalmente, a veces golpes, palmas, gritos, también frases típicas de cada uno reproducidas hasta el hartazgo.

El ‘jugar’ en este caso debe y sólo puede ser promovido por quienes, trabajando con ellos desde un lugar de asimetría, orientan la situación. Tomamos el señalamiento de Winnicott (1971): “Si hace falta un organizador en un puesto de director, se infiere que el o los niños no saben jugar en el sentido creador de mi acepción de esta comunicación.” (p.75) Por lo tanto, por el momento dejaremos entre comillas el término *jugar* para esta descripción.

Esta tendencia repetitiva o, usando un término psiquiátrico, estereotipada, que describimos, intenta ser contrarrestada con la sugerencia de actividades que se presten a lo lúdico. Así, en vez de dejar de lado estas conductas, se las incorpora en una escena diferente. Se apuesta, o bien a incluirlas en un marco más creativo, o bien, a armar un fondo donde pueda surgir algo distinto, sorprendente, por mínimo que sea.

Se hace precisa una aclaración respecto de la reunión de todos estos casos más allá de su tratamiento burocrático-estatal como discapacidad. Aislamos de estos ‘jugares’, a modo de denominador común, lo que llamaríamos su *rasgo psicótico*. Así, podemos prescindir de la discriminación entre casos de origen orgánico y no orgánico, ya que, como percibió Maud Manonni (2015), la forma en que generalmente los primeros son tomados por el Otro, da como resultado un estado de situación similar a lo que suponemos una franca estructura psicótica.

Hablamos al inicio de dos experiencias dispares; presentamos la primera. La segunda tiene lugar en un barrio de la ciudad: el equipo de salud considera pertinente habilitar un espacio de juegos para niños de la zona. Quien escribe es partícipe del mismo por unos meses. En líneas generales, podríamos decir, son chicos que no presentan problemas de desarrollo, sino que se ven fundamentalmente afectados por aquellas problemáticas intrínsecas al lugar –material y ‘simbólico’- que habitan (marginalidad, ausencia estatal, narcotráfico, etc.).

Notamos que en ellos surge espontáneamente, sin demasiada coacción del adulto (más allá del hecho de ser convocados a un espacio específico para ello, pero ese factor es común a ambas experiencias), el armado de escenas ficcionales, el dibujo, los juegos de construcción, etc. Agreguemos que el desenvolvimiento de los juegos varía según el día, los integrantes, el clima, emergencia de problemas barriales, situaciones familiares, entre otros. En definitiva, una espontaneidad y una plasticidad en todo sentido que contrasta con la sensación de invariabilidad y aislamiento que describimos más arriba.

Nos preguntamos entonces ¿Cómo concebir psicoanalíticamente esa invariabilidad? ¿Se puede reconducir al concepto de repetición? Y, en oposición -o en continuidad- con esto, ¿cómo concebir la espontaneidad infantil? ¿Cómo es que el niño se muestra, sin más, creativo?

Retomando la segunda observación, referida a los niños, advertimos también que en varias oportunidades el juego deriva en estallidos de angustia, gritos, llanto, peleas. ¿Por qué, en una jornada que se desarrolla con soltura, el juego es interrumpido por manifestaciones de este estilo? Recordamos que Winnicott nos alerta en *Realidad y juego* (1971) sobre la posibilidad de que el juego pueda llegar a ser aterrador. “Es preciso considerar los juegos y su organización como parte de un intento de precaverse contra los *aspectos aterradores del jugar*.” (p.75. El resaltado es nuestro). Entonces, aun en esta

expresión más neurótica del juego se hace presente un carácter oscuro del mismo, que tendremos que elucidar.

La pista freudiana: juego y repetición

Nos apoyamos en la hipótesis freudiana de *Más allá del principio del placer* (Freud, 1984) donde el juego está articulado a la repetición. Nos enfrentamos a un primer problema: si el juego normal es de tendencia repetitiva, ¿de qué manera podría hacer surgir lo nuevo? Además, ¿qué relación hay entre éste y las 'estereotipias', caracterizadas por la reproducción incesante de lo mismo y prolongadas casi perpetuamente en el tiempo?

La formulación, en el texto mencionado, de la compulsión de repetición, va de la mano con la explicitación de la vertiente más mortífera de la vida pulsional. Veremos cómo Freud demuestra la acción silenciosa de fuerzas más allá del principio del placer.

En relación a las observaciones que utilizamos de puntapié, si seguimos esta vía, conjeturamos que en el juego de los 'niños neuróticos' esta dimensión mortífera debe estar presente -tendremos que ver de qué manera. Nos resultaría perceptible sólo por momentos, cuando el juego se interrumpe, ya que se encontraría articulada con la vivencia placentera y creativa del juego.

Por el contrario, el 'jugar psicótico' evidencia, como tantas veces sucede, algo que normalmente nos está velado. En esto estriba también la dificultad para sostenerse como observador o participe de estas manifestaciones: hay algo insoportable puesto en juego. ¿De qué se trata? Tendremos que buscar las relaciones entre lo inquietante de este juego y lo que la repetición pone de manifiesto.

Parece conveniente, en consecuencia, adentrarnos en el concepto de repetición.

La repetición en Freud: más allá del principio del placer

Si bien hicimos mención de la compulsión de repetición como característica del juego, como fue formulado por Freud en *Más allá del principio del placer* (1920), existe un antecedente del concepto en *Recordar, repetir, reelaborar*, de 1914. Allí lo elabora a propósito de la resistencia al tratamiento psicoanalítico, en consonancia con las preocupaciones técnicas que lo ocupaban en el momento. La técnica analítica se afanaba por conducir al paciente a "llenar las lagunas del recuerdo" (Freud, 1980, p.150), tarea dificultada por el hecho de que "(...) el analizado no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*. No lo reproduce como recuerdo sino como acción; lo *repite*, sin saber, desde luego, que lo hace." (p.152) "Y durante el lapso que permanezca en tratamiento no se liberará de esta compulsión de repetición; uno comprende, al fin, que esta es su manera de recordar". (p.152)

Entonces, la *compulsión a la repetición* surge en la transferencia como sustituto del recuerdo, bajo la influencia de la resistencia. ¿Lo que se rememora y lo que se repite, son, en consecuencia, de la misma estofa? ¿Hay homogeneidad entre lo recordado (o no recordado) y lo repetido?

Freud no se ahorra la pregunta que nos interesa: "¿Qué repite o actúa [el analizado], en verdad?" (p.153) Y la responde: "Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter." (p.153) También son material de repetición todos sus síntomas (p.153).

Tomemos nota de que, a esta altura de la elaboración freudiana, todo cuanto se repite en el curso del tratamiento ya estaba presente de alguna manera, como fragmento de la vida infantil, aunque reprimido ¿la repetición es, por tanto, una reproducción de lo ya acontecido? ¿El único factor que decidiría entre el recuerdo y la repetición sería la resistencia psíquica? ¿Cuál sería entonces la especificidad de la repetición, puesto que sabemos que la resistencia se vale de mil y un recursos para hacerse efectiva? Por otro lado, aun si se repitiera lo ya acaecido -por poner ejemplo, una actitud edípica transferida

al analista- salta a la vista que esta segunda ocasión es *necesariamente diferente* a la primera: el analista no es la instancia parental.

Esta primera aproximación de Freud a la repetición, que revisamos, presenta entonces algunos *impasses*. Pareciera que al situar a la repetición en el mismo plano que el recuerdo, el concepto pierde consistencia en este escrito, debiendo esperar hasta *Más allá del principio del placer* (1920) donde cobra nuevo relieve. Sabemos que por esta época las preocupaciones en psicoanálisis se transformaron, debiéndose enfrentar con lo que no funciona, ni marcha, ni cura. Freud se encuentra con hechos que parecen escapar al dominio del principio del placer, eje basal del edificio teórico hasta el momento. Aparece, en primer lugar, la neurosis traumática ¿Por qué el afectado repite en sueños la escena que resultó traumática, despertando cada vez con renovado terror? ¿Cómo armonizar con esto la tesis de que todo sueño responde a un cumplimiento de deseo? (pp.12-13) Empieza a perfilarse un camino donde es forzoso destronar al principio del placer.

Se presenta, en segundo lugar, aquella manifestación que nos interesa especialmente: el juego infantil. Freud describe el juego autocreado de su nietito de un año y medio como una acción enigmática y repetida de continuo (p.14). "(...) este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de una cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance (...)" (p.14). La acción era acompañada con el grito <o-o-o-o>, que los adultos a su cargo interpretaban como <fort>, el alemán para "se fue". En cierto momento, Freud hace la observación del juego completo: el niño arrojaba fuera de su vista un carretel amarrado y lo hacía volver, completando el circuito y agregando el saludo, <da>, "acá está", a su regreso.

La interpretación del juego está ligada al avance cultural del niño. Como admitir sin protestas la partida de la madre constituye una renuncia pulsional, se resarce con la escenificación del desaparecer y regresar con objetos en el juego. No olvidemos que la secuencia se reducía con mayor frecuencia al momento de la ida/fort, lo cual desde ningún punto de vista pudo haber sido placentero. "Es imposible que la partida de la madre le resultara agradable, o aun indiferente. Entonces, ¿cómo se concilia con el principio del placer que repitiese en calidad de juego esa vivencia penosa para él?" (p.15). Luego agrega otra posible motivación: en la vivencia convertida en juego por el niño, él era pasivo, mientras que podía ser activo en su reproducción lúdica. Incluso más, podría ser la expresión de una moción hostil, de venganza hacia la madre por 'abandonarlo'.

El problema sería perdernos en todas estas interpretaciones y racionalizaciones que son secundarias: la repetición en calidad de juego está, al menos en parte, más allá del principio del placer. Es la tesis fundamental de este texto. No negamos que haya satisfacción o cumplimiento de deseos; pero, centrándonos en ellos, corremos el riesgo de reducir ese 'más allá' a un 'más acá'.

Freud dice: "¿Puede el esfuerzo {drang} de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio del placer?"(p.16). Llevándonos a nosotros a dejar planteada la siguiente pregunta ¿qué es eso 'impresionante', antes o por fuera de la captación del sujeto?

Continuemos con la tercera y última ocasión contraria al principio del placer que refiere Freud: la neurosis de transferencia. El planteo es, en principio, similar al que observamos en "Recordar, repetir, reelaborar". El paciente en análisis, en lugar de recordar, repite como vivencia presente lo reprimido, regularmente en la transferencia. Sería una reproducción cuyo contenido se remonta al complejo de Edipo. Esta compulsión a la repetición se manifiesta también, y sobre todo, sobre fragmentos del pasado que, si bien aspiraban a la satisfacción, no la alcanzaron, puesto que el complejo de Edipo "original" estaba destinado a disolverse por su imposibilidad interna. La satisfacción de la vida sexual infantil debe someterse a la espera del nuevo despertar sexual. "Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo; una compulsión

esfuerzo a ello.”(p.21) Por tanto, para Freud, al menos en estas líneas, lo que se repite es una *experiencia*. Pensaríamos que una experiencia es, en los términos que empleamos unas líneas más arriba, algo de lo que el sujeto ya se ha apoderado. Hay una suerte de cortocircuito entre los términos ¿si se trata de una experiencia, por qué se repetiría en función de su procesamiento psíquico, es decir, para ligarla?

Todavía nos serviremos de otras dos observaciones de esta obra. Una, la diferencia que Freud nota entre la vida anímica infantil y la adulta. A diferencia de los adultos, en los que la novedad será condición de goce, los niños evidencian una exigencia de identidad (p.35). Así, lejos de rechazar un cuento ya escuchado, solicitarán que se lo reproduzca tal cual hasta en los detalles. O pedirán incesantemente la recreación de un juego que se le enseñó o practicó con él. Diríamos que esos chicos están enlazándolos e inscribiéndolos hasta en los pormenores. Y al mismo tiempo, como veremos más adelante, están armando un *aparato de repetir*, la posibilidad de ser ellos quienes, por ejemplo, cuenten el cuento (Rodulfo, 1988, p.4). Es decir, como expusimos antes, trocar su actividad en pasividad. Nos preguntamos, al pasar, cómo es que el adulto entra en conflicto con este carácter infantil.

Pero la más llamativa de todas las observaciones freudianas es la de ciertos fenómenos que en la vida de algunas personas dan la impresión de un destino demoníaco que las persiguiera, al modo de un <eterno retorno de lo igual>. Dentro de los cuales sorprenden más aquellos casos en que ningún accionar de la persona parece explicarlos, sino que son vividos pasivamente. (pp.21, 22) Nos pone así de cara a lo inexplicable y lo sinsentido; lo más oscuro y enigmático de la repetición.

Pasando en limpio: por todo lo enumerado, Freud se ve llevado a formular la existencia de una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio del placer. Es cierto que es raro encontrarla en estado “puro”, sin otros motivos y ganancias. Pero de acuerdo con esta conjetura freudiana esencial, ella sería “(...) más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona.” (p.23)

El paso siguiente es preguntarse a qué responde esta compulsión. Freud la reconduce al proceso psíquico primario, caracterizado por la presencia de energía en estado libremente móvil: trasferible, desplazable y condensable. (p.34) Los estratos superiores del aparato anímico tendrían la tarea de ligar la excitación de las pulsiones que se pone en juego en el proceso primario. El dominar o ligar la excitación es condición o tarea previa para el imperio del principio del placer. Siguiendo la hipótesis de que la mayor investidura inherente a un sistema psíquico le permite mayor potencial de ligazón, Freud supone que la repetición de un suceso bajo un “apronte angustiado” posibilitaría la inscripción. De esta manera, son traumáticas las excitaciones externas cuyas intensidades dieron en ‘romper’ el aparato; el episodio se repite, entonces, con el fin de ligarlo psíquicamente.

Ahora bien, si se tratara de repetir con el objetivo de ajustar lo sucedido con el principio del placer ¿cómo armoniza con esto el sueño de la neurosis traumática y la compulsión de destino, donde pareciera tener lugar una repetición sin sentido ni finalidad?

Finalmente, Freud debe reorganizar su concepción de las pulsiones de acuerdo al nuevo descubrimiento. El *Eros* -pulsiones de vida- engloba las pulsiones sexuales y de autoconservación, las únicas conocidas hasta entonces por el psicoanálisis. Se le oponen las *pulsiones de muerte* que, no por su tardío descubrimiento y su modo de proceder más silencioso deben ser relegadas. Crea así un modelo donde toda la actividad pulsional tiene un carácter conservador y apunta a recobrar un estado anterior. Estado en que tuvo lugar una satisfacción, en el primer grupo pulsional; estado inerte previo a la vida, en el segundo. Por lo tanto, siguiendo estrictamente este planteo, existiría una tendencia primaria a la autodestrucción. Nos encontramos con un nuevo problema, que nos limitaremos a dejar planteado: ¿Cuál es la relación entre el proceso primario y las pulsiones de muerte?

En nuestra reflexión sobre dos modos de jugar, uno que se enriquece, y que por momentos suscita malestar, y otro que se repite de la misma manera marcando un circuito cerrado, nos vimos llevados a realizar una relectura de la obra freudiana.

Recapitulémosla. Freud descubre la compulsión a la repetición como dato clínico. Se enfrenta entonces a la tarea de conjeturar qué y por qué se repite. La referencia más acabada a esto es la que se sustenta en la hipótesis de un más allá del principio del placer: el aparato psíquico tiene una labor previa a su funcionamiento como tendencia al placer, lo cual implica que hay *algo*, antes, más allá, que no sabemos bien qué es pero cuya existencia se confirma porque *retorna*. Retorna demoníacamente en la repetición. Retorna porque sí, aunque cause displacer.

Otros autores han emprendido reformulaciones sobre este tema. Las repasaremos a continuación.

La repetición y la espontaneidad

En una serie de clases publicadas como *La espontaneidad la repetición* (1988), Ricardo Rodulfo examina el tema que nos interesa. El título ya es tendencioso, debido a que no hay oposición ni distinción tajante entre los términos. Por lo que en primer lugar despeja que la repetición es pedida, producida y demandada espontáneamente por el niño. ¿Cómo espontáneamente? Diríamos que no hay necesidad de hacer algo especial, o una coacción del deseo del Otro para que esto acontezca. (p.2)

Rodulfo define dos caminos para abordar el tema, tratando primero la cuestión del niño en sí, la vida anímica infantil, digamos, y seguidamente la de la repetición. Nos centraremos en esta última. La vía de entrada es la pregunta ¿qué es lo primero que se tiene que poner a hacer un chico? Notemos que esto implica que el niño es activo desde el comienzo de la vida. "(...) lo primero que se tiene que poner a hacer este protosujeto es ligar, poner banda, inscribir, anudar, enlazar (...)"; la forma en que se liga, *se hace cuerpo*, es por repetición. (p.4) Al mismo tiempo, y como ya mencionamos anteriormente, la repetición crea un aparato de repetir, por paradójico que suene. A modo de ilustración, decimos que con el chupeteo reiterado, la insistencia del lactante en llevarse todo a la boca, crea un "aparato de chupetear" que llamamos boca. (p.4)

Esto nos introduce en lo que el autor nombra como el "lugar ambiguo de la repetición" (p.5). Preferiríamos llamarlo aporético, siendo que no se trata sólo de un margen de interpretación sino que es un concepto que presenta una dificultad irresoluble. Rodulfo lo localiza incluso en su nacimiento conceptual, aquel que expusimos en el apartado anterior. Hasta 1920, y desde *La interpretación de los sueños* de 1900, el principio organizador de la vida psíquica es el deseo inconsciente (p.5). Desde 1920, como vimos, Freud hace girar todo el aparato psíquico en torno a la repetición, no por ser opuesto al deseo, pero sí por lo precederlo e incluirlo. (p. 5)

Partiendo de esto, observamos que la repetición aparece por un lado como principio de realización, de trabajo e inscripción psíquica, enlazado a lo erótico mismo, a la constitución subjetiva y al principio del placer; por el otro, y *simultáneamente*, funciona como lo destructivo, como desmantelamiento de lo conseguido, demoníaco y *tanático*. Justamente, no ligazón sino desligazón. (p. 6) Ahora bien, ¿es lo mismo decir que la repetición funciona de manera autónoma, sin tomar en cuenta el principio del placer, pudiendo suscitar displacer, que decir que desliga?

Advertimos que Rodulfo da un paso más, asociando el funcionamiento sin cualidades específicas de la repetición a los dos tipos de pulsiones que Freud introduce en su último modelo pulsional, de 1920. Así, ahora el asunto sería ¿a servicio de qué se va a poner la repetición? ¿Al servicio del Principio del placer, y por tanto del de realidad o del Principio de Nirvana, ligado a la pulsión de muerte? (p.21)

Tomando esta tesis, podríamos formular que los niños se ven llevados a repetir cuando una impresión es demasiado intensa, 'impresionante' en términos freudianos. En este caso, se trataría del intento de inscribirla, de acuerdo al principio del placer. Los ejemplos que Freud da, como hemos dicho, eran los de juegos que el adulto practica con

ellos, o cuentos que les han gustado mucho. Haríamos hincapié en la intensidad de esas experiencias como móvil de la repetición. Observamos que por lo general esto dura un tiempo más o menos breve, tras el cual la insistencia se muda a otra cosa. De este modo, se van generando para el niño circuitos cada vez más amplios y abarcativos, que es la manera en que el niño se apropia del mundo. De ello podríamos deducir que la repetición se ha puesto al servicio del principio del placer.

Por el contrario, las expresiones psicóticas en el juego, donde vemos una tendencia a la inercia y a la quietud cercanas a la muerte, se ligarían predominantemente al principio de Nirvana.

Dejemos esto por un momento y pasemos a revisar los principios de funcionamiento que le atribuye a la repetición. Por una parte, la encontramos asociada a la espontaneidad, en la medida en que la repetición se repite sin que podamos anticipar dónde, cuándo y cómo lo hará. En ese punto es imprevisible. (p.7)

Por otra parte, la repetición aparece como régimen de formación de lo nuevo. ¿Cómo se accede a lo nuevo? Paradójicamente, mediante la repetición, de tal manera que en cada oportunidad algo se va deslizando, desplazando. Se producen una serie de desviaciones, diferenciaciones, que pronto hacen surgir algo como nuevo. (p.7) Claro que sus efectos no pueden ser calculados ni tratados en términos teleológicos; sólo los leeríamos con 'efecto retardado' (p.7). Dice el autor:

La función de la espontaneidad al interior mismo de la repetición es darle a la repetición una dimensión productiva. Cuando la repetición se desintrinca de la espontaneidad, la repetición deviene estereotipia. Entra en un círculo vicioso donde no se genera nada nuevo, entra en un círculo tanático. (p.21)

Con esta cita nos hallamos en el núcleo mismo de nuestra problemática. La repetición articulada a la espontaneidad da lugar a la creación que caracteriza al juego infantil. En cambio, la estereotipia tiene lugar cuando estos dos factores se desanudan.

Ahora bien, el paso siguiente es preguntarnos en qué consiste esta función particular que Rodolfo introduce: la espontaneidad. El autor rastrea en la obra de Freud ilustraciones de lo que sería la espontaneidad. En primer lugar, lo que llama "ocurrencias espontáneas", es decir, la asociación libre dentro del análisis. Además, los actos fallidos o sintomáticos, que se presentan en su carácter sorpresivo e imprevisible; no se sabe dónde, cómo y cuándo van a aparecer. Agrega el camino del trabajo analítico, que no se puede planificar, ni se sabe cómo va a resultar. Y por último, el detalle de *Más allá del principio del placer*, donde Freud dice que el organismo sólo quiere morir "a su manera". (p.9)

Nos parece que el inconveniente en este conjunto de manifestaciones espontáneas es que sus elementos no son homogéneos. Por ejemplo, para Freud, tanto la asociación libre como la acción sintomática están determinadas, incluso sobredeterminadas, aunque los nexos nos sean desconocidos. Ahí radica justamente la influencia de lo inconsciente reprimido. En cambio, en el camino del trabajo analítico y en ese enigmático 'a su manera' creemos entrever algo diferente de una determinación desconocida. Allí podríamos hablar de un punto de indeterminación, de un margen de libertad. Este último nos sería de mayor utilidad para pensar la creación al interior de la repetición.

Ahora bien, al reunir todas estas pistas ¿cómo saber si lo espontáneo responde a una cadena de determinaciones que nos es desconocida, o se debe a un punto de imprevisibilidad donde ubicaríamos la actividad del sujeto?

Para salir del paso, nos parece fundamental echar mano de la versión lacaniana de la repetición, ya que encara este problema de lleno.

Tyche y automaton

Para el trabajo que nos proponemos nos apoyaremos en el seminario dictado por Lacan en 1964, conocido como *Seminario 11 de Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, así como en la clase de Ricardo Rodríguez Ponte *Sobre tyche y automaton*, en el marco del seminario *Repetición y pulsión* de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Lacan se sirve de esos dos términos tomados de la investigación de la causa de Aristóteles, *tyche* y *automaton*, para dar cuenta de la *Wiederholungszwang* freudiana. Y los llena, de entrada, con el contenido que tendrán para él:

Lo que articularé la próxima vez les enseñaré como podemos apropiarnos para esto de los admirables capítulos cuatro y cinco de la *Física* de Aristóteles. Aristóteles usa y da vuelta dos términos que son absolutamente resistentes a su teoría, a pesar de ser la más elaborada de las que se hayan hecho de la función de la causa; dos términos que se traducen impropriamente por azar y fortuna. Nos ocuparemos pues de revisar la relación que Aristóteles establece entre el *automaton* -y el punto de elaboración alcanzado por las matemáticas modernas nos permite saber que se trata de la red de significantes- y lo que él designa como la *tyche* que, para nosotros, es el encuentro con lo real. (Lacan, 1987, p.60)

Se trata entonces de trabajar sobre la causa, tomando en cuenta lo que la diferencia de la ley: *el intervalo, la hiancia* entre la causa y lo que ella afecta. Esto lleva a Lacan a decir que: “En suma, sólo hay causa de lo que cojea” (p.30) Por tanto, esta referencia atañe al análisis, en la medida que éste debe vérselas con lo que sólo anda con dificultad.

El análisis como praxis apunta al hueso de lo real. “En efecto, de un encuentro, de un encuentro esencial se trata en lo descubierto por el psicoanálisis- de una cita siempre reiterada con un real que se escabulle.”(pp. 61-62) Puesto que: “Lo real está más allá del *automaton*, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos a que nos somete el principio del placer. Lo real es eso que yace siempre tras el *automaton*, y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es ésa.”(p.62) El foco está puesto, entonces, en lo real y la posibilidad o imposibilidad del encuentro con ello.

De ahí que “La repetición, entonces, no ha de confundirse con el retorno de los signos, ni tampoco con la reproducción o modulación por la conducta de una especie de rememoración actuada.”(p.62) Con lo cual nos alejamos claramente de la versión de *Recordar, repetir, reelaborar*. “Lo que se repite, en efecto, es siempre algo que se produce – la expresión dice bastante sobre su relación con la *tyche*- como el azar.” (p.62) La vertiente tíquica de la repetición nos trae a la mente esa compulsión de destino que propone Freud, donde ningún rasgo de carácter de la persona parece explicar la aparición de idénticas vivencias, sino que pareciera un destino sustraído a su poder. Vale decir, que tiene lugar ‘como por azar’.

La función de la *tyche*, de lo real como encuentro- el encuentro en tanto que puede ser fallido, en tanto que es, esencialmente, el encuentro fallido- se presentó primero en la historia del psicoanálisis bajo una forma que basta por sí sola para despertar la atención- la del trauma.(p.63)

Tenemos, entonces, que el encuentro con lo real implica un malogro. Lo real aparece bajo la forma de lo *inasimilable* que tiene el trauma. “En efecto, el trauma es concebido como algo que ha de ser taponado por la homeostasis subjetivante que orienta todo el funcionamiento definido por el principio del placer.”(p.63) Es decir, a pesar de esta orientación, algo no llega a ser captado por el principio del placer, queda fuera de su alcance y *retorna*, como sucede en el trauma. “Nuestra experiencia nos plantea entonces un problema, y es que, en el seno mismo de los procesos primarios, se conserva la insistencia del trauma en no dejarse olvidar por nosotros.”(p.63) ¿Qué es lo que del trauma no se deja asimilar, ese exceso que retorna convirtiéndose en el resorte de la

repetición? ¿Lo que se inscribió de ese encuentro, el suceso que podría reaparecer bajo la modalidad del recuerdo? Se esboza así una orientación donde no es lo acontecido lo que se repite, sino lo que de lo acontecido no se llega a inscribir.

Ahora bien, este real imposible de inscribir no debe ser concebido como una contingencia. “Concluamos que el sistema de la realidad [del principio de realidad derivado del principio del placer], por más que se desarrolle, deja presa en las redes del principio del placer una parte de lo que, a pesar de todo, es sin ambages real.”(p.63) Con esta tesis sería posible sustentar nuestra idea de que el jugar infantil incluye, elabora, algo de lo real, pero con cierta fluidez que le otorga un tinte de naturalidad, haciéndola difícilmente perceptible al observador.

Lacan remarca que:

Todo lo que, en la repetición, se varía, se modula, no es más que alienación de su sentido. El adulto, incluso el niño más adelantado, exigen en sus actividades, en el juego, lo nuevo. Pero ese deslizamiento esconde el verdadero secreto de lo lúdico, a saber, la diversidad más radical que constituye la repetición en sí misma. (p.69)

La repetición se vuelve juego cuando es capaz de incluir en su seno lo novedoso. Pero al mismo tiempo apunta a una diversidad más radical. La cita continúa a propósito del cuento cuyo relato se exige ritualizado.

Esta exigencia de una consistencia definida de los detalles de su relato, significa que la realización del significante nunca podrá ser lo suficientemente cuidadosa en su memorización como para llegar a designar la primacía de la significancia como tal. Por tanto, desarrollarla variando sus significaciones, es apartarse de ella, en apariencia. Esta variación hace olvidar la meta de la significancia transformando su acto en juego, y proporcionándole descargas placenteras desde el punto de vista del principio del placer. (pp. 69-70)

El pedido de reproducción busca la identidad, pero no podrá evitar encontrarse con la diferencia. Si se exige el cuento ‘otra vez’ es porque ya hubo una primera marca del mismo, aunque por definición sea incompleta. Por lo tanto, el cuento reiterado será necesariamente *otro*.

A continuación, Lacan aborda el tema del *fort-da*: “Freud, cuando capta la repetición en el juego de su nieto, en el *fort-da* reiterado, puede muy bien destacar que el niño taponar el efecto de la desaparición de su madre haciéndose su agente, pero el fenómeno es *secundario*.” (p.70, el destacado es nuestro). La vuelta de pasividad en actividad es, entonces, secundaria. Luego:

La hiancia introducida por la ausencia dibujada y siempre abierta, queda como causa de un trazado centrífugo donde lo que cae no es el otro en tanto que figura donde se proyecta el sujeto, sino ese carrete unido a él por un hilo que agarra, donde se expresa qué se desprende de él en esa prueba, la automutilación a partir de la cual el orden de la significancia va a cobrar perspectiva. (p.70)

Sólo mediante la automutilación se podrá hacer frente a la ausencia de la madre como tal. Se inauguraría así un nuevo orden, el de la significancia que, a pesar de los reiterados intentos, nunca se podrá hacer coincidir con aquello que lo precede.

El carrete no es la madre reducida a una pequeña bola por algún juego digno de jibaras –es como un trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo. Esto da lugar para decir, a imitación de Aristóteles, que el hombre piensa con su objeto. Con su objeto salta el niño los linderos de su dominio transformado en pozo y empieza su cantinela. Si el significante es en verdad la primera marca del sujeto, cómo no reconocer en este caso –por el solo hecho de que el juego va acompañado por una de las primeras oposiciones en ser pronunciadas- que en el objeto al que esta oposición se aplica en acto, en el

carrete, en él hemos de designar al sujeto. A este objeto daremos posteriormente su nombre de álgebra lacaniana: el *a* minúscula.

Lo que se apunta como carencia no es la madre misma, sino la parte del sujeto que ésta le hace faltar. El juego del fort-da pone sobre la mesa una operación fundante de la estructura del sujeto en tanto dividido. Y la irreductibilidad de los términos entre los que se produce esta división estará en el centro de la repetición.

Habíamos dejado pendiente la pregunta sobre *qué* se repite. Descubrimos la oscuridad que supone concebirlo como lo acontecido, aquello de lo cual podemos tomar nota. Pero ahora vemos que el funcionamiento de lo real, del cual tendríamos al trauma como modelo, implica justamente que hay algo que nunca se inscribe, y que por lo tanto no alcanza el carácter de acontecimiento.

Así se explicaría que se presente en la labor analítica como límite al recuerdo. El límite del recuerdo no es el olvido. La amnesia infantil, tomando como ejemplo lo que de ella dice Freud en *Recordar repetir reelaborar*, está totalmente contrabalanceada por los recuerdos encubridores (Freud, 1980, p.150). A través de ellos podría recordárselo todo o, llegado el caso, inventarlo. El límite, entonces, no es el olvido sino lo real. De este modo, se convierte en lo esencial de la repetición en tanto ella supone la heterogeneidad entre el campo de lo recordable y el de lo 'repetible'.

Lo antedicho nos evoca aquel profundo y enigmático ensayo winnicottiano, probablemente escrito en 1963, o sea, contemporáneo de estas formulaciones lacanianas: *El miedo al derrumbe* (Winnicott, 2015). Winnicott enuncia que en algunas oportunidades el paciente busca compulsivamente en el futuro algo que ya tuvo lugar (p. 116). "Éste necesita 'recordarlo', pero no es posible recordar algo que no ha sucedido aún, y esta cosa del pasado no ha sucedido aún porque el paciente no estaba ahí para que sucediese" (p.117). Se trata de un detalle del pasado que *no fue experimentado* (p.116), y que es temido al mismo tiempo que perseguido. No fue experimentado porque el sujeto no estaba allí para abarcarlo. El autor no utiliza el término repetición, pero podríamos pensar que esta búsqueda compulsiva es la forma que tiene el sujeto de arreglárselas con un paradójico pasado no acaecido: intentando presentificarlo mediante la repetición.

Aquí topamos con aquel filo donde pretendíamos ubicar la diferencia entre la determinación inconsciente y la indeterminación propiamente dicha. Dijimos que lo que impulsa la repetición es lo no inscripto, que apunta a hacer marca. Y en ese hacer marca reside la posibilidad de creación e invención.

Conclusiones

Retomemos el problema inicial a la luz de este recorrido. Nos habíamos preguntado por el juego en la neurosis y la psicosis –dicho a grandes rasgos- destacando la tendencia a la creatividad en una y la tendencia a la inmutabilidad en la otra. Nos preguntábamos si esta última se podía calificar de repetición. Así la cuestión se fue deslizando y nos vimos en la necesidad de examinar en qué consiste la repetición en sí, y la repetición en el juego en particular.

Hallamos que la repetición, como todo concepto psicoanalítico, está sujeta a reinterpretaciones de la obra de Freud. Vimos que Rodolfo habla de una repetición que funcionaría desde el comienzo mismo de la vida. Esto va de la mano con la idea, predominante en él, de que el niño debe, en primera instancia, hacerse, construirse un cuerpo donde vivir.

No podemos encontrar esta referencia a la repetición como mecanismo temprano en Freud, ya que el nacimiento del concepto está, como expusimos antes, asociado a otras referencias (la resistencia a la cura en el paciente adulto, lo traumático). No obstante, posteriormente algunos autores han localizado, dentro de la obra freudiana, la repetición en la vida pulsional del lactante en la noción de autoerotismo, ubicando en su seno la expansión y el agostamiento de la creatividad (Fernandez Miranda, 2016).

En definitiva, el uso que Rodolfo hace del término repetición está en consonancia con la concepción de que *el jugar* es una actividad primaria y esencial para la constitución subjetiva, y debe recorrer un considerable camino hasta llegar a ese momento crucial que ilustramos con el *fort-da*.

En otro plano, tenemos la repetición trabajada por Lacan como *tyche* y *automaton*. Hay una especie de salto con la introducción de esta terminología, ya que con ella no nos estamos refiriendo a la ‘vida psíquica’, sino a modos estructurales de funcionamiento. Hay quienes dirían que es insostenible pensar el desarrollo de la subjetividad utilizando estos términos. No obstante, Lacan (1987) formula que es en el seno de la *tyche* donde el tropiezo, el accidente animan el desarrollo entero. (p.71) De este modo, el autor fomenta el abandono de teorías que ponen en el centro de la “ontogénesis psicológica”, pretendidos estadios que se sucederían naturalmente.

Más allá de los términos por los que nos inclinemos, nos parece necesario sostener la distinción al interior de la repetición de lo que funciona ‘automáticamente’, de lo que pasa siempre por los mismos carriles, incluso de lo que descriptivamente es reproducción de la conducta; y por otra parte la posibilidad que en ese camino haya encuentro con lo Otro, lo ajeno, que interrumpa por un momento la homeostasis, dando lugar a la posibilidad de invención.

A continuación, nos ocuparemos de los adultos y jóvenes que describimos en la presentación del problema, asistentes a un centro de día. Como era de esperarse, sobre ellos tenemos mucho más para decir que sobre los niños. Es frecuente que el material de reflexión surja del contraste entre lo naturalizado y lo que escapa a la norma. Al mismo tiempo, nos adentramos así en un terreno oscuro y ajeno, por lo tanto, mucho de lo que elaboraremos es a título provisorio y no representa verdades concluyentes.

¿Por qué hablamos de terreno oscuro? Hacemos referencia a ámbitos donde el diálogo y el trabajo posible de escucha son reducidos, dado que en estos jóvenes lo discursivo está muy poco desenvuelto (la mayoría habla poco o nada). Con lo cual no queremos decir que no se ponga en juego la palabra. Con ella intervenimos siempre, aunque no siempre sepamos el destino de esas intervenciones. Sin desconocer que la palabra da lugar al equívoco, afirmaríamos que es un campo en que nos orientamos más fácilmente. Cuando aquel no es suficiente, nos vemos necesitados de recurrir a lo corporal, teniendo en cuenta que este ámbito está a su vez inundado de lenguaje. De ahí la apelación al juego y al jugar.

El hablar de juego no significa, para nosotros, avocarse a actividades específicas. Lo tomamos en sentido winnicottiano: el juego como una determinada coloración de la

vida, como una 'propiedad' que se agrega a ella. De tal manera, en la medida de lo posible, lo que se esté haciendo o la situación que se esté habitando estarán afectados de ella.

Nos enfrentábamos al problema de denominar juego a 'conductas estereotipadas'. ¿Por qué insistimos en hablar de juego? Este nos parece un punto fundamental en el que se hace preciso tomar posición. Porque nombrarlo como estereotipia es no salir del modo de proceder descriptivo propio de la psiquiatría. En cambio, pensarlo como mecanismo de juego -aunque esté expresado en escenificaciones reducidas al mínimo- es verdaderamente una *apuesta*. En este sentido, acordamos, siguiendo a Winnicott, en que el juego es por excelencia, la manera en que no sólo el niño sino también el adulto tienen la capacidad de mostrarse creadores. (Winnicott, *Realidad y juego*, 1971, p.79). ¿Cuál podría ser la manera de obrar con estos 'jugares' en el intento de que no se conviertan en el *eterno retorno de lo igual*?

Nos inclinamos por un modo de trabajo donde a la insistencia en reproducir lo mismo se le opone la insistencia en proponer. No para 'ganar por cansancio', sino para ofrecer una diversidad que, tal vez, en algún momento, pueda ser recibida. O sea, que con suerte haya *tyche*, que haya encuentro. Cuando esto no acontece, jugar a proponer mantiene viva la apuesta, haciendo de la cita un momento agradable.

Aparecía también la siguiente pregunta: ¿Cómo se produce semejante estrechamiento de la capacidad creativa? Aventuraríamos que en estos jóvenes predominara la 'distychia', el no encuentro, incluso podríamos decir la evitación del encuentro con lo extraño. Este punto parece ser común a todos. En los casos con origen congénito, innato, natal o posnatal, es posible que la afectación orgánica funcione como límite. Cuando la organicidad no está clara, podríamos conjeturar, a grandes rasgos, que una sólida organización defensiva cumpliría un papel similar. Así, tendría lugar una suerte de opuesto a la espontaneidad en términos de Rodolfo.

Habíamos dicho que la repetición se convierte en juego cuando es capaz de incluir en su seno lo novedoso y a la vez resultar placentero. En estos casos ¿diríamos que esa posibilidad reside o queda mayormente del lado de quienes sostenemos la apuesta?

En esta línea, consideramos que hablar de juego tiene como implicancia tomar en cuenta la dimensión transferencial. Sólo hacemos la observación; tratar el tema llevaría una investigación extensa y rigurosa al respecto.

Por otra parte, había llamado nuestra atención que mientras a los niños su propio juego se les podía volver angustiante, dificultoso, aterrador, etc., los rasgos psicóticos del jugar provocan *en el otro* el hartazgo, la angustia, incluso el sufrimiento. Lo que por momentos nos resulta insoportable, parece ser para ellos perfectamente normal. No les supone un conflicto, diríamos, incluso, tendrían una dificultad para entrar en conflicto con ello. El conflicto supondría la división donde lo que satisface en un lugar molesta en otro. En estos casos, lo Otro sólo está en la presencia concreta y actual de algunos otros. De nuevo arribamos a la transferencia, concepto lindero con el de repetición pero que, en este marco, nos excede.

Otro asunto que quisiéramos dejar planteado es la relación entre la repetición y el concepto de pulsión en general, y las pulsiones de vida y de muerte en particular. Al adentrarnos en el terreno de lo originario, nos confrontamos con la repetición que construye cuando aloja lo novedoso, o bien lo evita. Pero también con una función negativa del deseo ligada a la pulsión de muerte. Es la vía recorrida por Piera Aulagnier (2007), la cual llevaría a preguntarnos por la (auto) destrucción en etapas tempranas. Es otra dirección que la investigación sobre este tema podría seguir.

Para terminar, recordemos que niñez y discapacidad son actualmente áreas de prácticas del psicólogo. En consecuencia, nos parece pertinente que se continúe pensando al respecto, cualquiera sea la línea teórica a la cual se adhiera. Esta ha sido sólo una de las vías posibles.

Bibliografía

Castoriadis-Aulagnier, Piera (2007 [1975]) *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.

Fernandez Miranda, Jaime (2016) *Impacientes. Ensayo psicoanalítico sobre la ansiedad*. Extraído de <http://rodulfos.com/impacientes-ensayo-psicoanalitico-sobre-por-jaime-fernandez-mirand/>

Freud, Sigmund (1986 [1914]) *Recordar, repetir, reelaborar*. En *Obras completas*, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (1984 [1920]) *Más allá del principio del placer*. En *Obras completas*, tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, Jacques (1987 [1964]) *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Mannoni, Maud (2015 [1964]) *El niño retardado y su madre*. Buenos Aires: Paidós.

Rodulfo, Ricardo (1988) *La espontaneidad la repetición*. Extraído de http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/electivas/043_ninos_adolescentes/material/fichas_catedra/espontaneidad_repeticion.pdf

Rodríguez Ponte, Ricardo (1997) *Sobre tyche y automaton*. Extraído de <http://www.efba.org/efbaonline/rodriguezp-05.htm>

Winnicott, Donald (2015 [1963]) *El miedo al derrumbe*. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, Donald (1993 [1971]) *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.